

Atlas de la Comunidad de Madrid
Consejería de Política Territorial
Madrid, 1992
28 x 38 cm, 88 págs.,
60 mapas.

Parecía tardar en ver la luz el Atlas de la Comunidad de Madrid. Se iba madurando en una larga gestación que ya duraba más de dos años, y por fin la obra se encuentra a disposición del público desde el pasado mes de febrero.

El único predecesor del que nos ocupa, el Atlas Básico del Área Metropolitana de Madrid, editado en 1979, necesitaba una profunda actualización. Por una parte, los diferentes organismos de la Comunidad Autónoma, desde su nacimiento en 1983, han venido acopiando una ingente y cada vez más detallada información sobre la provincia, cosa lógica puesto que cualquier política aplicada sobre un territorio debe cimentarse en el previo y exacto conocimiento de éste y de sus formas, sus necesidades, sus problemas... En las Consejerías y Organismos Autónomos de la Comunidad se elaboran de continuo estudios e informes sobre los más variados asuntos concernientes al ámbito territorial de la provincia de Madrid. De esta manera, aumenta notablemente la cantidad, la densidad y la calidad de nuestros conocimientos sobre ella.

Pero, por otro lado, el propio dinamismo y la evolución constante de un conjunto urbano que acoge a más del 10% de la población del país, ha introducido a lo largo de esta última docena de años cambios sensibles, so-

bre todo en el Área Metropolitana. No hay más que ver en el mapa de crecimiento histórico de la ciudad el desarrollo experimentado en la última etapa cartografiada (desde 1970 hasta 1987) para darse cuenta de la envergadura de éste.

En una obra de estas características se puede caer fácilmente en la tentación de hacer un alarde de informaciones y datos estadísticos y gráficos que abruman al lector o curioso usuario sin alumbrarle demasiado. Sin embargo, creo que la labor de síntesis realizada en el Atlas ha sido inmensa, y el producto está a la vista: una obra manejable, breve, amena y muy ilustrativa.

No es este Atlas (aunque así lo definan nuestros académicos de la lengua) una simple colección de mapas geográficos. Estos van acompañados de artículos explicativos que desentrañan el significado de la información codificada en los mapas. Algunos de estos artículos son meramente descriptivos, pero la mayoría van más allá; son auténticas interpretaciones de los paisajes de la Comunidad, estudios profundos que muestran los elementos que subyacen en estos paisajes y actúan organizando y estructurando el territorio.

El primer acierto de este Atlas está ya patente en su mismo planteamiento como obra geográfica y no meramente cartográfica, orientada al conocimiento sintético del territorio de nuestra Comunidad. Así pues, se encargó su formación a un equipo del Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma. De esta manera, se dió al Atlas una dimensión geográfica, una visión en que se contemplan interrelacionados los diversos elementos que confluyen en la organización de los paisajes madrileños y se le despojó intencionadamente de un sesgo excesivamente técnico.

Puesto que la obra se aborda desde una perspectiva geográfica, cabe preguntarse: ¿La Comunidad de Madrid tiene entidad geográfica? ¿Es una unidad geográfica clara, distinta y distinguible de otras? Evidentemente, no. A simple vista se aprecian regiones muy diversas, tanto desde el punto de vista fi-

sico como del humano. La única unidad del conjunto es meramente política, administrativa, derivada de la última división provincial efectuada por Javier de Burgos en 1833.

Pero resulta que las decisiones políticas tienen una grandísima incidencia en la configuración del territorio y en el paisaje resultante, pues son las que a la larga orientan y a veces determinan las actividades económicas y productivas, y -en definitiva- las humanas.

Pensemos, por ejemplo, en la trascendencia fundamental que ha tenido para Madrid una decisión política como fue la de instalar en ella la capital del Reino. Es evidente que el paisaje (entendido en sentido lato, geográfico) no sólo de la provincia, sino también de las regiones vecinas resultaría muy diferente si la Corte se hubiese ubicado en Toledo o Valladolid.

El Atlas se desmenuza en siete capítulos, de los cuales desmenuzamos tres principales por su extensión que tratan de La ciudad, de El paisaje natural y de La agricultura y el paisaje agrario.

El capítulo I, Marco de referencia, a modo de introducción, trata de la enorme trascendencia que tuvo para Madrid el asentamiento de la Corte desde 1561, y cómo esto lleva aparejado, además de la capitalidad política del reino, la económica; merced al modelo administrativo centralizado. Repasa también el proceso de constitución de la Comunidad Autónoma. Ofrece un mapa de los municipios de la provincia con un sencillo sistema de localización a través de cuadrículas, lo cual ayuda bastante a situar los pueblos pequeños y menos conocidos de la provincia, que son más de 150.

El primer mapa que aparece en el capítulo paisaje natural es el topográfico. Una novedad interesante que presenta respecto del Atlas antiguo (que se reducía a una escala de tintas hipsométricas) es que introduce una distinción morfológica de las distintas unidades fisiográficas: Las altas sierras, el resto del área montañosa, el piedemonte serrano por un lado y, por otro, las lomas y cerros, las campiñas, los páramos que marcan

los interfluvios, y las vegas y riberas. Se echa de menos algún perfil topográfico o geológico que ilustre la disposición de las unidades pero el mapa, sobre el cual se delimitan también las cuencas fluviales, resulta muy expresivo.

El apartado de Biogeografía contempla, además de las formaciones vegetales, la fauna; lo cual no es muy usual en los tratados geográficos. Contienen mapas de localización de diversas especies singulares y otros, más genéricos, de los lugares con mayor importancia faunística y de las principales unidades biogeográficas con interés para la fauna.

A través de un análisis de la topografía, el relieve, el clima, las formaciones vegetales, la fauna y las aguas de escorrentía, se entretiene una síntesis de todos estos elementos que desemboca en la delimitación de 18 unidades naturales de paisaje (aunque hay que matizar el adjetivo "natural", pues encontramos al menos un componente importante de estos paisajes -la vegetación- que ha sido bastante alterada por las actividades humanas). También aquí se experimenta un gran salto cualitativo sobre la concepción del Atlas anterior. Este recogía un mapa de paisaje, entendido en su acepción estrictamente estética, como vista o panorámica; acompañado -para mayor abundancia en la misma idea- del mapa de recursos de esparcimiento.

En este Atlas, en cambio, se nos ofrece una concepción geográfica -más amplia e integradora- del paisaje, como territorio con sus formas de organización (o de desorganización, que de todo hay). Dos títulos son bien indicativos de esta idea: El paisaje natural es uno, el paisaje agrario el otro. En consecuencia, el mapa que integra todos los elementos naturales tratados en el 2º capítulo del Atlas (topografía, relieve, clima, vegetación y fauna) es el mapa de unidades naturales o unidades de paisaje.

Un aspecto en el que no se experimentan cambios es en la sobrevaloración de la Sierra respecto de otros paisajes de la Comunidad, o, mejor dicho, subestimación de éstos frente

a aquélla, porque tampoco se puede decir que la Sierra se valore más de lo debido o merecido, sino que no se llegan a valorar como debieran los páramos, campiñas y vegas, paisajes que indudablemente tienen un valor natural, estético y cultural que no hay que desdeñar. Esto, que muestra una corriente de opinión muy generalizada hoy día, no hace mucho era casi al contrario. Hasta el siglo pasado y parte del presente, la Sierra era un paraje bastante lejano y desconocido. Parecerá paradójico que a sólo unas leguas de la capital hubiese territorios casi inexplorados, pero así sucedía. Aparte de ser un terreno agreste y pobre, tenía en torno suyo una aureola casi mítica de ser un lugar aparte, cobijo de bandidos y de gentes con extrañas y primitivas costumbres. No hace mucho que aún cantaban en Guadalix de la Sierra una copla bastante expresiva de esta idea:

*Esta noche es la noche
de pasar miedo,
que han bajao de la sierra
los bandoleros.*

Hoy, por contra, es acaso el espacio más valorado y mimado por los madrileños por sus indiscutibles y espectaculares cualidades naturales, y no hay nada malo en ello. Lo malo está en que se descuidan otros espacios, y que protegiendo los unos se abandonan y hasta se justifica la degradación de los otros; espacios extensos en la misma Comunidad que están relegados y sufren un evidente agravio comparativo: Las campiñas, las vegas y los páramos también contienen un altísimo valor paisajístico, natural, estético y cultural. Este es bien diferente del de la Sierra, pero no creo que menor, y ambos son complementarios por lo distintos.

El capítulo siguiente trata de La agricultura y el paisaje agrario. La dimensión de este capítulo está bien justificada, pues a pesar del ínfimo peso de esta actividad en la renta y en el empleo, "sigue ocupando y organizando una parte importante del territorio de la Comunidad y definiendo culturalmente sus paisajes", en palabras textuales y muy atinadas de los autores.

Comienza el capítulo con un apartado sobre Cultivos y aprovechamientos agrarios, con un mapa de 9 clases temáticas (regadío, labor de secano, olivar y viña de secano, pastizal, matorral, coníferas, frondosas e improductivos). Seguidamente trata de la Distribución municipal de la cabaña ganadera y de los principales cultivos, con mapas temático-estadísticos de los porcentajes de las superficies municipales que aparecen labradas, regadas y ocupadas por cultivos leñosos, así como las unidades ganaderas, representando en cada municipio el subsector dominante (bovino, ovino, caprino, porcino y avícola).

Se tratan también aspectos importantes de las estructuras agrarias: La gran propiedad rústica, ilustrada con un mapa temático-estadístico de la distribución por municipios de las propiedades mayores de 250 Ha, distinguiendo tres clases temáticas: de titularidad pública, privada o de sociedades mercantiles. Mención especial se hace a los Montes de utilidad pública y consorciados, representados en otro mapa temático. La estructura de las explotaciones agrarias, cuestión importante en torno a la cual se ha diseñado gran parte de la política agraria comunitaria, se trata también. Dos mapas dan idea de la distribución de las explotaciones menores de 20 y mayores de 100 Ha.

A continuación, en el apartado de políticas agrarias y de protección a la naturaleza, se recogen los territorios afectados por políticas de estructuras agrarias (zonas declaradas de agricultura de montaña, concentraciones parcelarias y colonizaciones), representadas en un mapa junto con el trazado de las cañadas reales. También están cartografiados, en otro mapa, 8 espacios naturales protegidos y los 71 catalogados de la Comunidad. El capítulo termina con un apartado dedicado a los Espacios de ocio que tienen repercusión en el mundo rural: cotos de caza y pesca, estacionamientos de esquí y deportes náuticos, refugios de montaña y alojamientos turísticos.

El capítulo 4 está dedicado al Patrimonio cultural y fue elaborado, a diferencia de los demás,

por las Direcciones Generales de Arquitectura y del Patrimonio Cultural de la administración autónoma. Ofrece los mapas del patrimonio arqueológico (con los asentamientos prehistóricos, romanos, visigodos y medievales de la Comunidad, y las zonas de protección arqueológica) y del patrimonio arquitectónico y monumental (con la representación de los elementos y conjuntos monumentales más relevantes).

El capítulo 5, de Población, recoge la distribución espacial de la población, su comportamiento demográfico y pirámides de su estructura por sexos y edades.

El capítulo más voluminoso del Atlas está dedicado a La ciudad, el espacio más complejamente organizado. El mapa de crecimiento histórico muestra las extensiones que ha ido ocupando el tejido urbano. La ortomagen espacial de Madrid, aunque un poco oscura de color, proporciona una visión del conjunto muy viva, casi fotográfica, y sin la abstracción de los mapas. Otros mapas muestran el uso del suelo en la ciudad (residencial, industrial, terciario y equipamientos, zonas verdes) y la morfología urbana de los espacios residenciales (viviendas unifamiliares, viviendas plurifamiliares en manzana cerrada o en bloque abierto), y -en la Comunidad- los usos urbanos del suelo.

La relación de la gran propiedad territorial y de la gran promoción residencial (pública y privada) con la creación de barrios enteros con peso en la morfología urbana se estudia también. Muy interesante es el punto que trata de la segregación social en la ciudad, de la diagonal social que atraviesa la ciudad separando dos ámbitos muy diferentes.

Se trata además de la distribución en el territorio de las actividades productivas: localización industrial (distinguiendo cuatro períodos) y estructura industrial, con un mapa del empleo industrial y otro del número de establecimientos industriales, ambos por municipios.

Por lo que respecta al sector terciario, un mapa detallado muestra el uso terciario del sue-

lo en la ciudad: superficies comerciales, hoteles y edificios de oficinas. Otro mapa indica las zonas de actividad terciaria y de equipamientos de la Comunidad, concentradas sintomáticamente en Madrid y sus alrededores.

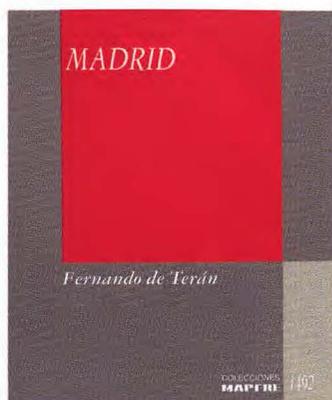
El último episodio de este capítulo se reserva a La vivienda. Está ilustrado con mapas expresivos del número de edificios residenciales, el número de viviendas por edificio y la tipología de las mismas; todo ello en cada municipio de la Comunidad. Un gráfico muestra la evolución desde 1974 del precio de la vivienda de nueva construcción, en cuatro ámbitos significativos: centro de Madrid, periferia, corona metropolitana y resto de la Comunidad.

El último capítulo del Atlas está dedicado a las Infraestructuras y transportes. Un primer apartado trata del transporte en la Comunidad. Presenta mapas de la intensidad del tráfico y de los viajeros transportados en autobuses interurbanos y ferrocarriles de cercanías. Los problemas del transporte en la capital se tratan específicamente a continuación, ilustrados con mapas de intensidades de vehículos y de viajeros del Metro y de la EMT. Por último, se abordan las infraestructuras básicas: abastecimientos de agua, energía eléctrica y -como aspecto novedoso- gas natural...

El Atlas se completa con una serie de tablas y listas que apoyan con mayor abundancia de datos algunos de los artículos. Y se acompaña y complementa con las cuatro hojas del mapa de la Comunidad a escala 1:100.000; la cartografía más detallada, más reciente y actualizada y de más denso contenido de todas las realizadas del conjunto de la provincia.

Y dicho esto, descritos a vuelapluma los contenidos del Atlas, sólo me queda animar al común de los lectores a que lo usen y saquen buen provecho de él. Después de eso, seguro que mirarán con otros ojos y con la mente más clara cualquier paisaje madrileño y apreciarán en él componentes que antes pudieron pasar desapercibidos.

Pablo Sanz Yagüe



Madrid
Fernando de Terán
Fundación Mapfre America
Madrid, 1992
23 x 27 cm, 200 págs.

Ya Walter Benjamín hablando de la modernidad y también de Baudelaire, que no deja de ser lo mismo, no tuvo más remedio que referirse a la ciudad construida como el espacio de la discontinuidad, el anonimato, y la alienación, el referente más preciso del shock que conduce a la percepción aguda de una cierta forma inaugural de vivir contradictoriamente en la contemporaneidad. Y aunque ello fuera París, el Madrid que Fernando Terán ha construido en esta su última entrega tiene más de un resabio de esa modernidad benjaminiana. Efectivamente, el discurso académico con el que va construyendo la ciudad según las pautas medidas de su Geografía e Historia, le explota vitalmente en las manos a la hora de configurar el Madrid contemporáneo y el Madrid posible al que caracteriza, lejos de organicismos, por la saludable multiplicidad y heteroglosia de su carácter.

El carácter objetivo y cartesiano del índice y de la metodología no logra suprimir del todo, el carácter de compromiso y visión personal de un libro en el que el autor vuelca no sólo sus conocimientos sino también sus experiencias vitales. Muy pronto, el lector queda avisado de las distintas posibles lecturas que una ciudad como Madrid ofrece y entre las que Terán ofrece una visión muy personal, reconociendo así y defendiendo, y en esto se revela asimismo moderno, una subjetividad muy presente en el proceso de análisis y conclusiones. Es éste un Fer-

nando Terán que une la calidad, racionalidad y sistemática de trabajos anteriores a un estilo y punto de vista más directo e intimista que incluso arriesga con frecuencia opiniones sobre la posible ciudad que se nos avecina.

Este carácter queda de manifiesto, entre otras cosas, en las abundantes ilustraciones del libro, en su mayoría, obra del propio autor. En ellas se aprecia que el afán minucioso y científico de describir, interpretar y explicar el paisaje rural o urbano, le lleva a una síntesis interpretativa absolutamente personal, cuyo resultado son unos dibujos expresionistas más que singulares. Asimismo, resulta extremadamente innovador el hecho, inusual en el método histórico, de que el autor trascienda el habitual análisis del momento actual, y sin solución de continuidad empeñe su esfuerzo en una visión de futuro, arriesgando el posible desarrollo de Madrid como vector resultante entre las tendencias espontáneas discontinuas y los esfuerzos planificadores.

Como destaca su prologuista, Fernando Chueca, el contenido del libro demuestra la visión y formación polifacética de su autor, y es ésta una de las características que lo singularizan frente a otras obras que también abordan el tema de Madrid. "¿Quién es y de dónde viene?" preguntaba Sócrates en los diálogos platónicos a cada uno de sus interlocutores; pues bien, los quiénes y de dónde de Fernando Terán se ven materializados en esa fusión de lo geográfico-histórico con lo puramente urbanístico que singulariza a este libro y da entidad a sus diferentes partes. Aunque todas ellas están conjuntadas armoniosamente, en el primer capítulo de "Presentación" del objeto de estudio predomina la visión geográfica tan querida por el autor, herencia del gran geógrafo que fue su padre D. Manuel de Terán, autor entre otros trabajos de los magníficos estudios de las calles de Alcalá y Toledo de Madrid. El segundo capítulo está dedicado a la "Formación" de Madrid, y en él accedemos a la visión histórica de la ciudad, entendida como instrumento de comprensión de la realidad que nos rodea, y por tanto como actuación sobre la misma para mejorarla. Ello es evidente en el tercer capítulo de

"Conclusiones", el más personal del autor, en donde, fiel a una postura que Terán siempre ha mantenido, la visión del planeamiento urbanístico utiliza el bagaje anterior para la intervención y ejecución.

En el primer capítulo se describe Madrid en su continente y en su contenido: los aspectos básicos que proporciona la naturaleza, como el suelo, y también los artificiales o construidos, como la morfología del tejido madrileño; junto a ello, la gente que lo habita y que lo constituye y modifica, su organización y actividades de todo tipo.

En el segundo capítulo se desarrolla la evolución histórica de la ciudad, remontándose arqueológicamente e indagando en los orígenes fabulosos y documentados de lo que en algún momento fue poblachón manchego, despejando incógnitas que en lo relativo a orígenes siempre suelen ser interesadas. La línea de progresivo desarrollo histórico se va espesando conforme nos acercamos al momento presente, incluyendo tanto la explosión creativa del Madrid del cheli renacentista del alcalde Tierno como el más canalla del Umbral de los ochenta. Pero no crea el lector que se trata de un recorrido anecdótico. El análisis crítico de la conformación se va deteniendo a cada paso en lo que el autor considera sus momentos más significativos. Así, por ejemplo, la curva linealmente creciente se demora en algunas épocas por las que el autor siente preferencia, como pueda ser la Segunda República y sus intervenciones.

El tercer capítulo tiene dos partes bien diferenciadas. La primera desarrolla las visiones subjetivas del fenómeno Madrid, y la segunda es el ejercicio de prognosis ya comentado, donde se arriesga lo que será esta ciudad en el siglo XXI. Me gustaría destacar de este último capítulo su análisis y crítica serena del tan manido fenómeno conocido como el centralismo madrileño. Analiza sus antecedentes y sus vicisitudes contemporáneas, destacando las raíces del mismo y la canibalización periférica de un funcionariado no madrileño sujeto visible del centralismo denostado por los márgenes. Es muy interesante en este sentido el ejercicio comparatista con otras capitales europeas como París, donde, a diferencia de Madrid, se ha trabajado desde dis-

tintas instancias para incrementar cualitativamente el patrimonio construido, y donde se ha respetado y cuidado su patrimonio natural. En Madrid, por el contrario, y no hace falta para eso remontarse a la famosa Regalía de Aposento, ha soportado y sigue soportando la centralización del poder, incluso en el momento descentralizado actual, sin las compensaciones suficientes de otras capitales europeas. Frente al planchado capitalino de otras capitales europeas que dejan leer en sus calles y luces la memoria histórica, Terán dibuja el claroscuro de un Madrid caracterizado por la discontinuidad heterogénea, que quizá constituya, frente a otras memorias, su característica más creativa y contemporánea. Si París y Londres producen en el paseante el asombro de lo que fue, Madrid puede todavía inducir a la melancolía y a la empatía de sus cielos velazqueños, como le ocurría a Azaña, y su desorden antimemorizado puede inducir todavía a formas de creatividad, quizá mucho más vitales.

Al estudio le serán muy útiles los Apéndices con una cronología de hechos destacables; una biografía de personajes que han participado en el desarrollo urbanístico de Madrid; una bibliografía muy escogida y comentada a la que añadiría, porque creo que es complementaria del libro, el "Madrid no construido" editado por Alberto Humanes en 1982, por encargo de la Comisión de Cultura del COAM, con artículos de muchos autores; y finalmente, un comodísimo Índice Onomástico. En fin, creo que de lo hasta aquí expresado se deduce que recomiendo su lectura, principalmente a los estudiosos del fenómeno heterogéneo que es Madrid. Pero no sólo a ellos. Personas lúcidas con intereses variados encontrarán en este libro materia para pensar porque su espectro desborda el marco del estricto especialista por su lucidez expositiva que resulta en una lectura más que agradable. Es lástima, sin embargo, que no se haya cuidado suficientemente la edición: aparecen erratas con más frecuencia de lo aceptable y hubiera sido deseable un mayor esmero en la reproducción de la parte gráfica. Esperemos que todo ello se mejore en las próximas ediciones de la obra.

Luis Moya González